



Del siglo X al XXI

«La pieza más antigua, un capitel de Medina Azahara. Y la más contemporánea, una de Secundino Hernández»

de la Historia es que España era más que una península. Pero hablando de lo que coleccionamos, nos referimos a la España peninsular. Por otro lado, Texas era parte de España y parte de México antes de formar parte de los Estados Unidos y no podemos evitar ni obviar esta historia.

—¿Es decir, que el museo abre el foco a Latinoamérica?

—Claro, en parte. Un ejemplo, una exposición de la que yo fui comisaria: los retratos cubistas de Diego Rivera.

—¿Cuál es la obra más antigua que conserva la colección y la más contemporánea?

—La más antigua, un capitel de Medina Azahara. Un capital de mármol muy bien elaborado, que tiene una inscripción en árabe preciosa. Y la más contemporánea tiene que ser una obra de Secundino Hernández de 2020.

—¿Siguen comprando?

—Siempre hay que añadir adquisiciones. Es decir, continuar el legado y la misión del fundador porque él compró hasta su muerte en 1978.

—¿Y cómo y por qué empieza la colección?

—Algun Hurtle Meadows se dedicaba al negocio del petróleo y estaba buscando enclaves nuevos y vino a España. Tenía un acuerdo con el Gobierno español y por eso venía aquí para estancias largas. Se enamoraron del Museo del Prado y del arte español. Empezaron el

y su mujer, Virginia, la colección. Ella murió de cáncer. Y fue en ese momento, porque la colección era muy de ellos, cuando decidió donarla a la universidad. Luego, se casó con otra mujer y empezaron a coleccionar otras cosas, como escultura moderna.

—¿Cuáles son las joyas de la colección?

—La 'Sibila' de Velázquez, el 'Corral de locos' de Goya, fundamental y una de las obras más pedidas...

—¿Cómo se vive esa denominación del Meadows como 'el Prado de Texas'?

—La verdad es que nos encanta, pero somos distintos ya que estamos coleccionando hasta lo contemporáneo y compramos: acabamos de adquirir una obra de José Guerrero de 1970. Estoy muy orgullosa de esta etiqueta.

—¿La Leyenda Negra sigue pesando sobre nuestra imagen?

—El legado de la Leyenda Negra sigue porque, claro, la gente viene y ve esos cuadros religiosos oscuros. Y lo mismo pasa con el colonialismo, pero estamos allí para abrir, para contextualizar, hablar transparentemente de la Historia. Es por eso que la investigación es tan importante. Contextualizar de una manera rigurosamente académica y no hablando de emociones. Los investigadores nadamos en grises. Hablar de esos temas, incómodos, es nuestro mayor reto.

—¿Cuáles son los artistas españoles más reconocidos?

—Sorolla, por esa imagen luminosa que tiene y que rompe los tópicos de España; Murillo y aquellos artistas españoles que vivieron en Estados Unidos, como Esteban Vicente. Cuando doy clases los estudiantes tienen una visión de España muy reducida.

—¿El museo tiene también esa vocación de sacarnos de la zona de sombra?

—Sí, contar la Historia a través del arte acaba con muchos estereotipos.

Linn Ullmann: «No quería que mis hijos crecieran en una familia de artistas»

► La escritora, hija de Bergman y Ullmann, publica su segunda novela autobiográfica

BRUNO PARDO PORTO
MADRID

Linn Ullmann (Oslo, 1966) nació en una familia de artistas y sin quererlo ha fundado otra. Su padre fue el cineasta Ingmar Bergman; su madre, Liv Ullmann, un mito de la gran pantalla. Ella, por lo que sea, salió escritora. «Es que soy una actriz terrible -confiesa entre risas al otro lado de la pantalla-. Pero claro que influye haber nacido en una familia así para dedicarme a la literatura, aunque algunos de los mejores artistas del mundo vienen de familias que no tienen que ver con el arte... De hecho, mi marido es poeta, y para nosotros era importante que nuestros hijos [entre los dos tienen cuatro] no crecieran en una familia de artistas. Me refiero a eso de no me molestes, estoy creando, soy artista, como si fueras algo muy especial... Mi padre era así, todo estaba organizado en función de su arte. Todos estaban para que él trabajara: sus mujeres, sus amantes, sus colaboradoras... Creo que nunca limpió la casa». Poco después cuenta que su hijo se ha dedicado al cine y está a punto de empezar a rodar su primera película como director, y que su hija también quiere escribir. Será que el arte llama al arte.

Ullmann lleva tiempo explorando su pasado como un país extranjero: eso es la adolescencia en la cincuenta, a veces sueño, otras recuerdo, otras herida. Con 'Los inquietos' inició una trilogía de novelas autobiográficas, que ahora continúa con 'Chica, 1983' (ambas en Gatopardo). Esta es la historia de una joven de dieciséis años que llega a París para posar para un fotógrafo de 'Vogue' que le triplica la edad, y que termina metida en algo que tiene una parte de abuso y otra de deseo. «Todo lo que escribo aquí, lo que sucedió antes y mientras y después de que A. me hiciera una foto en París, se compone principalmente de olvido, de la misma manera que el cuerpo

se compone principalmente de agua», escribe al principio, explicando así la estructura de un libro que se retuerce igual que una noche recordada desde la resaca. Tal vez por eso, por esa niebla, ha tardado tantos años encontrar un estilo, una forma para narrar aquello que ocurrió. «Sí, fue difícil encontrar la coreografía de este libro... La memoria está llena de desolación, y funciona en círculos, y vuelve una y otra vez al mismo sitio», afirma. ¿Y le ha dado paz ver su libro publicado? «No se escribe para estar en paz con una misma». Vale.

La libertad de la novela

'Chica, 1983', repite, es una novela. ¿Por qué? «Porque la libertad de la novela te permite acercarte a ciertos lugares. La autobiografía te impone una distancia», explica. Pero hay mucha realidad metida ahí, mucha piel, mucho dolor. Un flash: la protagonista acaba de llegar a una sesión de fotos, un hombre le mete la mano entre las piernas y ella se niega. Entonces, otra modelo le suelta: «Niñata estúpida. Si no aguantas que te toquen, no sé qué estás haciendo aquí». «Esto es algo que todavía existe: la sexualización de los niños. Y es algo que se ha romantizado, de alguna manera, especialmente con las chicas, pero también con los chicos. En los ochenta fue algo notorio, como ha denunciado Brooke Shields», comenta Ullmann. Ella no se autorretrata como víctima, pero tampoco como adulta, y desde esa indefinición narra los hechos. «Me gusta escribir en esos territorios», apostilla. Así que lo que tenemos es a una joven que bebe mucho, que pierde la conciencia o la memoria, que desea como una adulta pero tiene un «cuerpo nuevo». «Y esos cambios son desesperantes».

Insiste Ullmann en que ella no cree que pueda hablar de aquello como un trauma. «El término trauma se usa mucho ahora, pero yo soy muy precavida con esa palabra.

Yo diría que estos sucesos conviven con nosotros de diferentes formas, y que a cierta edad todos estamos rotos por algún motivo. Y esto, sospecho, es un requisito para escribir libros».

Linn Ullmann // ABC



Francesca Thyssen, junto a obras de Sarah Lucas y August Macke // TANIA SIEIRA

dedicadas a estas exposiciones. Si Francesca es una de las patas de este proyecto, Borja Thyssen es la otra. Ambos son patronos del museo. El pasado 9 de mayo se inauguró una retrospectiva del artista alemán André Butzer. Entre las obras expuestas, dos obras recientemente incorporadas a la Colección Blanca y Borja Thyssen, dando continuidad a la serie de exposiciones en torno a ar-

tistas presentes en esta colección, iniciada en octubre de 2022 con una muestra dedicada al hiperrealismo. Habrá, al igual que en el caso de TBA21, dos exposiciones anuales. Además, adquirieron un lienzo de Alex Katz para el museo, que cuelga en la colección permanente del Thyssen junto a otras dos obras de Borja y Blanca Thyssen. El relevo de Tita está asegurado.

